

no sólo la vida sino toda la poesía del poeta y sus recuerdos, intensos de la relación y, sobre todo, primeros encuentros con otros poetas, sus opiniones sobre la relación y su lucha constante, pacífica pero enérgica, contra la dictadura franquista desde la holgada posición de ser un intelectual respetado e independiente. Respecto al amor dice Cano: «A veces he llegado a dudar de si realmente el amor ha sido tan importante para Aleixandre como la poesía. Seguro que él se indignaría si me oyese expresar esa duda. Cuántas veces no me ha dicho, recordando momentos de celos terribles, que hubiera dado toda su poesía por sentirse plenamente amado. Ello no me hace olvidar, sin embargo, que la poesía es el centro de su vida, y que sin ella no podría vivir. Por supuesto, Vicente no ha ignorado nunca la importancia que la poesía tiene en su existencia, el papel espiritual que ejerce en su vida amorosa. Sin ese poder poético, propagador, quizá no hubiese tenido algunos de sus amores. Creo que muy pocos sabrán tanto del amor como Vicente: de sus movimientos y reacciones, de su capacidad destructora —“La destrucción o el amor” —». «Sí de algo sé en esta vida —suele decirme—, es del amor.» Tal vez por ello manteníanse fijos en el recuerdo los momentos pasados con sus amantes, reflexionando de continuo sobre la relación larga con Eva Seifert. «Han sido amantes durante cuarenta años, pero ahora confiesa que ya no hay amor sino un cariño tierno. Cuando se enamoró de Carmen de Granada —su primera gran pasión— le confesó a Eva ese amor, porque sabía que Eva aceptaría resignada esa pasión, con tal de que su relación con él continuase». En torno a las mujeres que amó aparece una especial ternura al ser objeto de recuerdo para el poeta. Parece como si de vez en cuando Cano alentara estas emociones que se ven continuadas por reflexiones lúcidas sobre los sentimientos y la existencia humana. Así, al hablar de Margarita, amante a quien conoció en 1920 y que moriría en 1965 refiere Aleixandre: «La vida es cruel, y es terrible ver desaparecer a los seres que quisimos y alegraron nuestra existencia. Margarita era un alma clara, abierta y entusiasta de todo. Pasó por la vida dando alegría y felicidad. Mientras yo viva la recordaré siempre». Igualmente resuena su ternura hacia otras mujeres, aunque no fueran sus amantes, como al hablar de Delia del Carril, la amante de Neruda a la que éste abandonó por Margarita, pese a haber sido «su gran pasión de muchos años».

Quien tuviera de Vicente Aleixandre la imagen de un hombre débil, acobardado por su mala salud de hierro, advertirá en estas páginas que, por el contrario, se trataba de un hombre enérgico en sus actitudes y en su relación con el mundo exterior. Bien es cierto que muchas veces esta permanente noticia de su carácter enfermizo le servía por ejemplo para negarse a colaborar con *ABC*: «No daré nunca nada a ese periódico que sostiene al Régimen y que representa la derecha más reaccionaria», decía el 29-III-71, o eludir compromisos oficiales no deseados, como cuando los librerías de Barcelona le ofrecieron un homenaje y Aleixandre no acudió para evitar ser fotografiado junto a Robles Piquer. No obstante en los últimos tiempos en que su salud ya parecía más quebrantada de lo normal, las confidencias a Cano rondaban la desesperación: «Estoy ya tan acostumbrado al dolor, tan instalado en él día tras día, año tras año, que si en algún momento tengo la suerte de no sentirlo, me parece un milagro, como si mi cuerpo de pronto quedara flotando ingrávito en el aire. Si no me encontrara tan decaído y machacado, quizá pudiera escribir un nuevo libro cuyo tema sería el dolor físico, del que tantas veces te hablo cuando nos vemos». Sin embargo, incluso en estos momentos

su preocupación se hacía extensiva al estado de salud de su hermana Conchita, con quien vivió toda su vida. «Yo siempre he dicho que deseo irme antes que ella, no quiero sobrevivirla, sería horrible para mí. —Decía el poeta el 30-I-82.— Cada vez me siento más pesimista en cuanto a su salud y la mía. Pienso cada vez más en la muerte, y en que hubiera preferido no nacer.» José Luis Cano me comentaba el día 8-X-86 en la tertulia de *Insula*: «Ayer noche murió Conchita». Pero pese a esto, decíamos, la actividad de Aleixandre, aun sin salir de Velintonia, era asombrosa. Ocupado por los sucesos tanto de España como del extranjero, prestando su apoyo a causas justas o desoyendo las llamadas de quienes no profesaban su actitud liberal y progresista ante la sociedad, se advirtió siempre en él un deseo de ver llegar a España la democracia, para lo que apoyó con su firma todo tipo de manifiestos y protestas contra un Régimen que negaba las libertades más esenciales, teniendo calificados a los esbirros que mantenían aquel estado de cosas y luchando, con sus influencias y tenacidad de intelectual, por situar en cada sitio a los hombres que no se doblegaban ante un Estado avasallador o una Iglesia ingerente. El 24-II-57 con motivo de los problemas de *Insula* exclamaba: «En este régimen me siendo aherrojado y humillado, y cada vez que hay una nueva canallada mi indignación crece». La impresión que le causan las ejecuciones de septiembre de 1975, dos meses antes de la muerte del dictador, le hacen comentar: «Lo triste es que mientras los jóvenes saben que van a presenciar más tarde o más temprano el final del “bunker” y el comienzo de otra etapa que ojalá sea la democracia, para mí, dada mi edad, esa posibilidad de vivir el cambio es dudosa, y es muy poco seguro que yo pueda realizar mi ilusión de vivir los últimos años de mi vida en una España democrática y libre». Sin embargo, contradiciendo su pensamiento, la muerte de Franco le facilitó asistir al proceso democrático, obtener el Premio Nobel en una España ya casi libre de represiones y violencias, e incluso votar a los socialistas pese a temer entonces la imposición de «mayores impuestos». «No siento ninguna simpatía por la UCD, y menos por Fraga, cuyas faenas como ministro en la época franquista no podemos olvidar.»

Su cariño a Miraflores de la Sierra, puesto de manifiesto, según dice Cano, en el *Epistolario* recientemente publicado por Alianza Tres, ocupa en este libro bastantes páginas, sobre todo al llegar el verano y nacer la expectativa del traslado. Así dice Cano el 28-VIII-61: «Visito a Vicente en Miraflores, como todos los veranos. Nos sentamos en la terraza, desde donde se contempla, al fondo, un puro paisaje castellano, el mismo que el poeta ha llevado con frecuencia a sus poemas, sobre todo a los del libro *En un vasto dominio*, que acaba de terminar, uno de cuyos poemas, “El pueblo está en la ladera”, es una evocación de Miraflores». Esta pasión por la Sierra, que tan benéfica influencia tuvo siempre en su salud, le compensaba por la tranquilidad que le reportaba para su cuerpo y su espíritu y el amor y orgullo con que las gentes de Miraflores acudían a su casa y sentían al tenerle por vecino. Unos meses después de su muerte, el Ayuntamiento de Miraflores le hizo un homenaje colocando una lápida que recoge sus versos bajo «el árbol grande», como siempre lo llamó el poeta.

Frente al mundo cerrado de Velintonia, siempre existía una puerta abierta para los amigos, desde las fogosas visitas de Miguel Hernández, Neruda, García Lorca, Alberti o Celaya hasta la llegada de los jóvenes como Colinas, Bousoño, Luis Antonio de Villena, Gimferrer, etc. y siempre el remanso de Dámaso Alonso, compañero de la Acade-

mía y hombre viajero y de diversos quehaceres literarios. Este libro es testigo de esas visitas, de la relación con hombres de letras que no pasaban por Madrid sin acudir a saludar al maestro y también de las opiniones que le merecían personas difíciles como Juan Ramón Jiménez, Cernuda, Arrabal, de cambiantes estados de ánimo o de interesadas opiniones ante el poeta. Llegan también las noticias del exterior y el desarrollo de la vida social, a cada una de las cuales va dando acogida y opinando de acuerdo con su posición y preferencias, como cuando se trata de elegir nuevos miembros de la Academia y se pone en guardia ante los candidatos de *ABC* o los escritores conservadores, frente a quienes él considera personas más progresistas y renovadoras de la lengua, o cuando se emociona ante las circunstancias que rodean a sus amigos, manteniendo la estimación de éstos durante años y años, como el grupo juvenil que formaban el poeta, Sainz Rodríguez, Román Ríaza, Morales Oliver y el penalista José Antón Oneca y su luego vecino Cayetano Alcázar. El paso del tiempo es implacable y los propios acontecimientos van diciéndonos qué es lo que sucede al otro lado del jardín. Alexandre se va replegando y es Cano quien le lleva noticias del exterior, a diferencia de momentos pasados en que juntos visitaban a otros escritores o acudían a las tertulias, como la «visita emocionada» a Baroja en su lecho de muerte el 24-X-56 o la que ambos hacen a Azorín.

La muerte de Ortega, por ejemplo, supone una verdadera conmoción. Sin embargo la de Carrero en vez de crear traumas en Velintonia arranca a Alexandre la confesión de «Que no ha sentido nada la desaparición de Carrero, aunque él es contrario a los atentados y crímenes políticos, del lado que sean», y comenta «Carrero ha sido una figura nefasta, en gran parte culpable del inmovilismo integrista del Régimen durante muchos años. Era el “no” tajante a todo progreso hacia caminos de libertad». Sin embargo, otras muertes son acogidas con distinto sentimiento, como las de Juan Ramón, de Luis Felipe Vivanco, de Ridruejo o de Altolaguirre. Aparece en este sentido Alexandre como un hombre preocupado por su entorno, no ya tanto mediatizado por la idea de la muerte, como por la trascendencia que este hecho tenga para los demás y para su propia existencia. Aunque, hombre vitalista al fin, apuesta siempre por la vida. De ahí su interés en mantener estrecha relación con Gimferrer, atender los comentarios de Leopoldo de Luis o ver el desenvolvimiento poético del hijo de éste, Jorge Urrutia, aunque muertes como la de Neruda, tal vez por el momento en que tuvo lugar para su patria, le producen una honda impresión.

A *Los cuadernos de Velintonia* tendrán que acudir necesariamente quienes quieran bucear en la vida y en la obra de Vicente Alexandre, porque aquí están treinta y tantos años de su vida, relatados de forma magistral y configurando un documento de útil conocimiento para saber cómo y por qué tuvo lugar una existencia tan larga y fecunda para las letras hispánicas y, también, pueden sustituir de manera eficiente esas memorias que todo hombre importante suele escribir, a veces bajo el estímulo crematístico, y que suelen ser testigo parlante de su tiempo y su circunstancia. En este caso, José Luis Cano se ha limitado a contar una relación humana y a saber implicarla en los hechos literarios y de todo tipo que nos dan la visión de un intelectual y una época dignos de tener en cuenta, tal vez porque los acontecimientos que circulan por estas páginas sean tan importantes para la propia historia de España que su falta de